

El escritor y la pelota

Jorge Eslava



Pasaron los años en que opinar sobre fútbol o modas o gastronomía, en el ámbito de la literatura, era visto como una frivolidad. Claro que la buena fortuna de los tiempos actuales, en este sentido, no debiera caer en las marquesinas de la futilidad ni en las tentaciones del poder. Una de las maravillas del fútbol, además de su vocación democrática y su *performance* física, son los detalles alrededor del juego como el que acaba de brindarnos nuestro Premio Nóbel de Literatura. Me ha emocionado —algunos lectores dirán que exagero, pero no se puede con la pasión— verlo aparecer por la boca del túnel del Estadio Bernabeu, reservada para los jugadores que brillan en la liga española, convertido en un ícono de multitudes.

Eran los minutos previos del partido entre Real Madrid y Valencia, cuando surgió nuestro escritor a paso erguido y atravesó el campo al lado del arquero Iker Casillas, llegó al centro y se detuvo frente al balón. Miró hacia donde señaló el árbitro, escuchó el silbato y dio un certero toque. Fue un *play* de lujo y el estadio lo ovacionó. En esos instantes Mario Vargas Llosa encarnó el cuidado del músculo y del espíritu; por su porte, parecía más que un flamante Premio Nobel de Literatura un viejo ídolo del fútbol, un *crack* retirado hacía décadas y que había llevado su carrera deportiva con estricta disciplina. No le importó llevar zapatos inapropiados, apenas se desabotonó el abrigo (había guardado antes sus guantes de cuero en el bolsillo) para patear con la solvencia de un hombre entrenado, con el músculo gastado, desde luego, pero

hábil en el movimiento. Estaba a punto de cumplir 75 años y había que haberlo visto en el escenario de sus primeras hazañas, antes de perderse en los dédalos de la ficción, cuando destacaba en el equipo infantil de Universitario de Deportes, ahora que caminaba sin el menor titubeo a dos palmos de Cristiano Ronaldo (a quien ha calificado de

personaje literario). Cuando pateó la pelota no la empujó con la parte interior del zapato ni le propinó un puntazo, como suelen hacer los invitados advenedizos; no, arqueó convenientemente el cuerpo y le dio un golpe fuerte y seco con el empeine como hacen quienes conocen bien la esfericidad y el balance de la pelota.

